

LA RECOMPENSA DE DIOS AL TRABAJO 2 Crónicas 15: 1-8

El día de mañana se celebra en los Estados Unidos el Día del Trabajo; fecha que nos recuerda el derecho que se tiene para trabajar y para recibir beneficios por su trabajo. Todavía queda mucho por hacer para que estos derechos y beneficios se cumplan, pero no cabe duda que ha habido un gran avance si tomamos en cuenta la situación en que estaban los trabajadores antes de que el movimiento para defender sus derechos lograra que quedara establecido en la ley.

La Palabra de Dios también nos habla mucho de los derechos de los trabajadores. Dice, por ejemplo, que no deben ser amenazados por los patrones (*Ef. 6:9*), que deben ser tratados con justicia y rectitud (*Col. 4:1*), y que su salario debe ser conforme a su trabajo (*Lc. 10:7 / 1Ti. 5:18*). En el Antiguo Testamento también aparecen muchas citas Bíblicas defendiendo los derechos de los trabajadores, por ejemplo, habla de que su salario no debe ser retenido por el patrón (*Lv. 19:13*), y le advierte duramente al patrón que pone a trabajar al siervo y no le paga (*Jer. 22:13 / Mal. 3:5*).

Pero así como nos habla de los derechos de los trabajadores, también nos habla de sus responsabilidades. Nos dice, por ejemplo, que los trabajadores deben ser obedientes a sus patrones (*Ef. 6:5 / Col. 3:22*), que el trabajador honre a su patrón (*1Ti. 6:1*), que en el caso de los patrones creyentes, los trabajadores no se aprovechen de ellos para no trabajar (*1Ti. 6:2*), que agraden a sus patrones en todo y que no sean respondones (*Ti. 2:9*), y que los respeten sin importar si el patrón es bueno o malo (*1P. 2:18*). Por supuesto, la Palabra de Dios también dice: “...Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (*2Ts. 3:10*).

Estos mismos principios también se aplican en la Iglesia del Señor, es decir, no solamente en el trabajo secular. La diferencia es que en la Iglesia se presentan con una serie de ventajas: Dios es el mejor Patrón del mundo, el más justo, el que mejor paga; Dios nunca se queda con nada. El trabajo en la obra del Señor es permanente, aquí nunca hay reajustes de personal y, además de pagar excelentemente, Dios recompensa el esfuerzo, recompensa cada pasito de fe, la fidelidad y, por supuesto, los resultados. Este Patrón ama a sus empleados con todo su corazón y siempre busca lo mejor para ellos; nunca los deja solos.

En esto quiero enfocar el día de hoy. Dice la Palabra de Dios:
“Vino el Espíritu de Dios sobre Azarías hijo de Obed, y salió al encuentro de Asa, y le dijo: Oídmeme, Asa y todo Judá y Benjamín: Jehová estará con vosotros, si vosotros estuviereis con Él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, Él también os dejará” (vv.1-2).

De los 20 reyes que tuvo el Reino del Sur de Judá, la Biblia declara como buenos sólo a 8 de ellos. Asa era uno de esos reyes buenos; no perfecto, pero bueno. En el capítulo anterior, Asa clamó a Dios cuando iban a ser atacados por lo etíopes y Dios le contestó (2Cr. 14:11-12). Pero todavía quedaban enemigos más poderosos para derrotar. Eran más peligrosos porque estaban hacia el interior del país, convivían con la gente del pueblo, es más, dirigían a la gente del pueblo y los estaban alejando de Dios. Esos enemigos eran sus ídolos. Un ídolo es todo aquello que ocupe el lugar de Dios. No tiene que ser una figura de yeso o madera o de algún otro material; puede ser el internet, las posesiones materiales, el dinero y hasta el trabajo y la familia si ocupan el lugar de Dios, es decir, si por causa de estas cosas se le deja de dar a Dios la honra debida, el culto que merece y el servicio al que nos llama.

Dios puso en su profeta Azarías la palabra que debía de dar al rey Asa. Era una palabra de corrección. Como el rey Asa, la gente puede ser buena, pero estar equivocada en cuanto a la fe. El siervo de Dios lo que hace es declarar la Palabra de Dios que va a enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia para perfeccionar al creyente y prepararlo para toda buena obra (2Ti. 3:16-17). El que la recibe sabrá si la ignora, si le incomoda y se enoja con el que la predicó, o si reacciona y actúa en obediencia.

Dios le dice a Asa que si lo busca entonces estará con él, pero si lo rechaza, Dios no obliga a nadie y lo dejará. Este mismo principio se aplica para nosotros, como lo enseñó el Señor Jesús (Mt. 10:33), y como el Apóstol Pablo le dijo a Timoteo (2Ti. 2:12): Si negamos a Dios, Él también nos negará.

“Muchos días ha estado Israel sin verdadero Dios y sin sacerdote que enseñara, y sin ley; pero cuando en su tribulación se convirtieron a Jehová Dios de Israel, y le buscaron, él fue hallado de ellos” (vv.3-4).

Si no hay un siervo que enseñe la Palabra, o si el pueblo no quiere escuchar la Palabra, el resultado inevitable es que se alejará de Dios; la

gente creará a su manera y por seguro será una manera equivocada como les estaba sucediendo a los judíos. Pero Dios es fiel a pesar de nuestras infidelidades (2Ti. 2:13), por eso cuando el pueblo arrepentido se volvió a Él, el Señor lo escuchó y tuvo misericordia de él.

“En aquellos tiempos no hubo paz, ni para el que entraba ni para el que salía, sino muchas aflicciones sobre todos los habitantes de las tierras. Y una gente destruía a otra, y una ciudad a otra ciudad; porque Dios los turbó con toda clase de calamidades” (vv.5-6).

Cuando Dios no está en nuestras vidas, o cuando nosotros nos alejamos de Dios, no hay paz en nosotros por mucho que queramos aparentar. Por eso vienen las guerras, los pleitos y los levantamientos de unos contra otros; por eso se empieza a descansar la fe en otras cosas que no sean Dios. Estos son los ídolos. Dios permite que pasen estas cosas porque siempre busca el arrepentimiento de su pueblo y busca que, arrepentidos, se vuelvan a Él; que lo busquen, que lo adoren, que le sirvan, que vivan en santidad, justicia y amor. Dios nos creó para disfrutarnos y para que nosotros disfrutemos de Él; nos creó para amarnos y para que nosotros lo amemos a Él. El problema muchas veces no es tanto el amar a Dios; el problema es amarlo por sobre todas las cosas. El problema es darle el primer lugar en nuestras vidas. Puede ser algo muy difícil, pero el Señor nos dice que es posible hacerlo y nos motiva para hacerlo.

“Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra” (v.7).

El llamado del profeta no es para la batalla, sino para las reformas que el pueblo debía de hacer; quitar a todos esos ídolos y descansar en el Dios Todopoderoso. Esto ciertamente requiere de un gran esfuerzo, pero **Dios promete recompensar la fe y el trabajo si no desmayamos.** En el esfuerzo por seguro se va a encontrar oposición porque el diablo no se quedará con los brazos cruzados y esa oposición la levantará usando mayormente a seres que amamos para desanimarnos y la levantará sembrando pensamientos de que no vale la pena, que hay cosas más importantes qué hacer, que no tienes que estar todo el tiempo pensando en Dios o haciendo las cosas de Dios, etc. Esa oposición la levantará usando nuestras propias necesidades materiales, económicas, de salud o emocionales y poniéndonos alternativas para solucionarlas, aunque éstas nos alejen de Dios. Pero la promesa de Dios es recompensar nuestro esfuerzo y nuestra fe.

“Cuando oyó Asa las palabras y la profecía del Profeta Azarías hijo de Obed, cobró ánimo, y quitó los ídolos abominables de toda la tierra de Judá y de Benjamín, y de las ciudades que él había tomado en la parte montañosa de Efraín; y reparó el altar de Jehová que estaba delante del pórtico de Jehová” (v.8).

Asa recibió el mensaje con una actitud positiva y dirigió a su pueblo para hacer las reformas religiosas que se necesitaban y que eran urgentes. Es decir, corrigiendo todo lo que estaban haciendo mal y que los alejaba de Dios. Prometieron buscar a Jehová de todo su corazón y todos cumplieron. Le dieron a Jehová la honra debida y lo volvieron a poner en primer lugar en sus vidas. El resultado de esto fue que hallaron y recibieron la bendición, paz y prosperidad del Dios de Israel (vv.12-15).

Conclusión

Muchos creyentes dependen de muchas cosas para salir adelante porque todavía no han aprendido a descansar en el Señor; y no han aprendido a descansar en Él porque simplemente no lo conocen bien, porque hay alguna clase de ídolo que ocupa el lugar de Dios: el trabajo, el deseo desmedido de tener cosas, el dinero, el descanso cuando es tiempo de estar en la iglesia, y hasta los deportes o la televisión y la familia. Todas estas cosas no son en sí mismas malas; de hecho, son muy buenas, pero el problema está cuando ya ocupan el lugar de Dios, cuando son más importantes que estar en las cosas de Dios.

Pero así en Judá hace miles de años, como aquí en nuestros tiempos, la promesa de Dios sigue siendo la misma: Dios recompensa nuestro esfuerzo, nuestro trabajo, nuestra fe y nuestra obediencia porque Él es el mejor Patrón del mundo.

Muchos se desaniman porque no ven resultados inmediatos, pero Dios nos dice que el trabajo que lo glorifica a Él no es en vano. Por trabajo me refiero tanto al trabajo secular como el trabajo en la iglesia.

En la iglesia puede haber hermanos que están desanimados porque parece que no crecemos en número. Algunos han dejado de venir, han dejado de trabajar y han dejado de sostener la obra con sus diezmos y sus ofrendas. Pero aquí es donde se prueba nuestra fe en Dios. Pablo le dijo a la Iglesia en Corinto: *“Por lo tanto, mis queridos hermanos, sigan firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor; porque ustedes saben que no es en vano el trabajo que hacen en unión con el Señor” (1Co.*

15:58). Trabajar para el Señor nunca será en vano y siempre habrá recompensa. El Señor Jesús les dijo a sus discípulos cuando le preguntaron que qué había para ellos que lo habían puesto en el primer lugar de sus vidas: “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 10:28). No está hablado de abandonar la familia o el trabajo; es más, ni siquiera está hablando de abandonar nuestras posesiones materiales (casa, carros, etc.); de lo que está hablando es de que estas cosas no ocupen el primer lugar en nuestras vidas, es decir, que el primer lugar en nuestras vidas se lo demos a Dios. Si tan sólo pudiéramos creer. Y es que Dios nunca se queda con nada y recompensa el trabajo y la fidelidad.

En el Día del Trabajo, el Señor nos llama a trabajar en su obra y **nos promete una gran recompensa** si le creemos y le obedecemos; si seguimos siendo fieles poniendo a trabajar nuestros dones y talentos y si seguimos siendo fieles con nuestros diezmos y ofrendas; en pocas palabras, si simplemente seguimos haciendo lo que tenemos qué hacer, entonces vamos a empezar a ver cómo Dios hace crecer la obra.

Pero esto únicamente podrá ser posible cuando, como hizo el rey Asa, tumbamos todos esos ídolos que nos alejan del Señor y nos ponemos a trabajar y seguimos siendo fieles. Esos ídolos no son otra cosa que las excusas que tenemos para no comprometernos y que reflejan el estado de nuestro ánimo y de nuestra fe.

Sigamos firmes y constantes como dice el Señor, no le creamos al enemigo, pero creámosle a Dios sin importar lo oscuro que se vean las cosas. Esa es fe y **Dios recompensa la fe y el trabajo** de todos así en los trabajos seculares como en la Iglesia del Señor. Feliz Día del Trabajo. Amén... Vamos a orar...